

Vidas al límite reúne los mejores reportajes de Juan José Millás, desde el premiado «Ciego por un día», publicado en 1998, hasta el más reciente, «Viaje a Japón», un recopilatorio de sus encuentros con personajes como Pasqual Maragall, Penélope Cruz y Pedro Almodóvar, héroes anónimos, hombres y mujeres con historias que contar; una muestra de una labor periodística que ha sido reconocida, entre otros, con el Premio Francisco Cerecedo de Periodismo y el Premio de Periodismo Manuel Vázquez Montalbán.

La escritura periodística de Juan José Millás, insustituible y singularísima, funciona como un prisma que reinterpreta la realidad con sentido crítico y enseña a mirar más allá de la superficie aparente. Su mirada transgresora es la firma original de un escritor que ha forjado su lenguaje en los medios tanto como en sus libros.

«Éste es un libro de amor. Al otro, a la otra, amor lógico, a quien vive por encima o por debajo de su propia realidad, hasta hacerla más real que lo que llamamos la vida misma». Con estas palabras, Ángel Gabilondo nos invita a adentrarnos en estas piezas apasionantes que se erigen como toda «una convocatoria contra la indiferencia».

PRÓLOGO

A SOMBRA DE LA ESCRITURA

Alguien dijo que «la vida es un relato en busca de narrador». Y quizás escribir de ciertas existencias es una forma de hacerlas más llevaderas. No del todo. Alguien dijo que «uno se cura cuando hace de sí mismo un relato soportable». No sólo para la paciencia, también para la ética. Alguien dijo que «la vida es una acción y una pasión en busca de relato». Es más, alguien dijo que «no somos autores sino narradores de nuestra existencia». Suficientes referencias para reconocer que al hablar de vidas estamos ante un gesto de escritura, un texto de un viajero sin ninguna voluntad de explorador. Si lo que se pretende encontrar es un catálogo de presas o de rarezas, una galería de extravagancias, o una evasión por caminos exóticos, no es ésta su aventura. Estamos frente a todo un ejercicio que no es un entretenimiento más o menos ilustrativo. Se trata de escribir para dar sentido, esto es, desde la libertad, no para reconocerlo. Los de *Vidas al límite* no son textos en los que lucir la inventiva, sino en los que hacer brillar el poder del relato de la vida, de lo determinante de la vida cuando viene a ser relato.

Tantas veces hemos señalado que «la lucidez es incompatible con la respiración», como Cioran nos dijo, que tal vez hayamos logrado por fin no aterrorizarnos ante el espanto de su maravilla, ante el susto de ver demasiado, ante el pánico de no limitarnos a ver. Pero no siempre el reportaje pertenece al viajero. El presente libro tiene un curioso redactor. Ha sido escrito, no por los supuestos autores de las

peripecias que se narran, sino por la mano de una zona umbría, intermedia, de contacto. Mano de *solombra*, esa atravesada palabra que pervive en ciertos dialectos y que se ofrece en numerosas ocasiones como la sombra de los narradores, siendo en verdad la ocasión para que se iluminen. Se trata de ver con toda la claridad y con toda la confusión de la sombra. Éste es el espacio en el que se sitúa el narrador de estas historias. Y ahí no hay fácil acomodo. Ni siquiera es propiamente un lugar.

La escritura que brota de la escucha no habla por el otro, deja hablar. No se trata de sustituir su voz, es cuestión de crear las condiciones para que sea palabra y palabra suya, aunque para decirse requiera también nuestra voz. Esta vez la del hombre que confiesa *contar* sílabas, picaportes, ventanas, por necesidad de liberación, y *bostezar*, para defenderse del temor. Semejante bostezo ontológico de Millás afronta no sólo el aburrimiento de lo que aun siendo dramático es siempre igual, sino que nos previene del exceso de realidad, de la angustia y del pánico. Así que este gesto de escritura, no simplemente filantrópico, es el de la suerte que se vive en solidaridad y con su anuncio es ya denuncia.

Este hombre que cuenta y que bosteza no se resigna y, sin proponérselo explícitamente, nos invita a no hacerlo nosotros, a no temer. Su posición no es simplemente la del escritor, es sencillamente la de la escritura. «Convertirme en sombra, éste era mi papel» y, en tal caso, ni siquiera es suficiente con el *Elogio de la sombra* de Tanizaki, traído como antesala de lo que no se agota en la visibilidad. Necesitamos *El viajero y su sombra* de Nietzsche para que estemos en verdad ante esta arriesgada tesitura. Pero para llegar a ser sombra hay que realizar todo un itinerario de proximidad, propiciar una forma de cercanía, que es más que un simple interés o un afecto indiferenciado. Bien lo sabe el filósofo escritor: «Hay que sufrir y trabajar mucho hasta dar con los colores, con el pincel y con el lienzo e incluso en-

tonces estaremos aún muy lejos de dominar el arte de vivir, aunque por lo menos seremos dueños de nuestro propio taller». La voluntad del caminante no es la de la posesión, sino la de la propia autonomía, ahora la del estilo de su escritura. «Un viajero escucha de pronto que su propia sombra le dice: “Hace mucho que no te he oído hablar”; el viajero le responde: “Parece como si me oyera a mí mismo con voz más débil”». Millás, ahora con Nietzsche, de nuevo ha de bostezar para defenderse y, al escuchar, nos dice como nunca; nos hace ver.

Ya Eugenio Trías nos habla de *La filosofía y su sombra*, a fin de abrir la razón a espacios que se le resisten y pueden fecundarla. Y no deja de haber también en este texto una labor de «exorcista ilustrado» que somete a la razón a un diálogo con sus sombras. Pero estamos ante un texto de terror nada terrorífico, de ese terror que Aristóteles sabe que es el terror del devenir, la maravilla, el terror de devenir, que se ofrece sin demasiados espavientos. Con naturalidad. Es cuestión de terror y de solidaridad y del terror que nos provoca no ser solidarios. Ni con los otros, ni con el tiempo. Y, más aún, de no actuar en consecuencia. Y la escritura viene a ser la sombra de ese devenir, la sombra límite de la vida y de las vidas.

En estos textos de Juan José Millás encontramos vida de seres humanos. Aunque no sólo. Y en numerosas ocasiones, sus múltiples vidas. Pero para eso se verá convocada nuestra propia humanidad. Y no pocas veces nuestra perplejidad. Únicamente desde ella, considerada casi como un estado de ánimo, podremos compartir el análisis y las situaciones desconcertantes. Pero lo más desconcertante de ellas es lo cercanas que nos resultan. Y, sin embargo, no siempre somos capaces de vislumbrarlas ni disponemos de la sensibilidad adecuada. O simplemente preferimos no considerarlas de interés. Las vidas suelen tener en general algo de improbables, y no menos la propia. El azar, la materialidad y la discontinuidad labran asimismo su lógica,

otra lógica que no siempre se deja dominar. Y aquí nos encontramos con el autor implicado, con su sombra en la voz de la escritura que es *logos* y que tanto nos dice. «Cuando tengo que elegir entre el bienestar y la lógica, elijo la lógica».

Semejante presencia nos avisa de que el objetivo no es procurarnos comodidad. Pero esa lógica nos provoca el placer que, como ya se dijo, es el placer del texto. Y tamaña elección hace que entre las vidas presentadas irrumpa una voz, la de ese autor implicado. La lógica vivida tan atípica y creativamente como la del escritor desfallecido en texto, como sombra del viajero que acepta mejor las dislocaciones que los desplazamientos. Si estamos ante un libro de aventuras, lo son de las peripecias del vivir. Y entre ellas, una no citada, no explicitada, pero siempre presente, la del autor esfumado y a la par involucrado, quien nos ofrece su vida sin darnos su biografía. Y una y otra vez irrumpe queriendo vivir su propio decir. Para entenderse. Quizá para sobrellevarse.

Hay escritos que producen el efecto autor. Este libro produce el efecto Millás, gracias a que él se sitúa, como dice, «en plan sombra», ahora en tinta de escritura. El autor sólo lo es en dicha escritura, y ambos comparten un mismo destino, el del texto que, paradójico y sorprendente, por lo que tiene de inaudito, de inexplicable, llama a leer. Tan amigo de la lógica, no se deja acoger en sus propios relatos. Y sin embargo destella como expresión viva de que no es tan fácil vivir. La sospecha de que el límite transgredido por la escritura acepta y combate estas *vidas al límite* radica en la mirada de quien nos confirma que hay realidades que sólo alcanzan a serlo a través de esa alteración trastornada que uno ha de provocar en sí mismo. Sólo así podrá concebir, concretar, comprender en el seno de lo que para Nietzsche constituye «la ficción suprema»: la lógica misma. No un fingimiento. El presente texto de lógica, de lógica de las vidas que no se dejan explicar, pero exigen la hoshi-

talidad de la razón y su sombra, requiere «la disposición» que pide el relato que todo reportaje ha de ser.

LA MIRADA DISLOCADA

No se trata de ver lo que los demás no ven, que también, es que se ve lo que sólo mirando de otra forma se trasluce con sencillez, hasta ver que lo que hay es de lo que no hay. Esta otra forma de realismo se parece bastante al amor. Y éste es un libro de amor. Al otro, a la otra, amor lógico, a quien vive por encima o por debajo de su propia realidad, hasta hacerla más real que lo que llamamos la vida misma. Frente a los modelos tópicos y estereotipados y a las caricaturas preestablecidas, gracias al lector implicado como sombra, que es el verdadero autor, gracias al hombre que ama la lógica y la escritura, irrumpe, desbordándole, la vida como ficción, como relato.

Y entonces toda la vida se debate con los límites, que tienen algo, no sólo de frontera, también de extremidad. Dichos límites pueden corresponder a la situación en la que algo o alguien se encuentran, o ser aquella tensión procurada por una mirada que intensifica lo que sucede o podría suceder. Hay algo en cada quién de infranqueable, de situación que linda con lo difícilmente soportable, o desconcertante o, en su caso, placentero. Y nos interesa. Y nos atrae. Aunque sólo en el relato de ficción, que no es una ocultación de qué ocurre, ni su tergiversación, sino otro modo de ser de la verdad, se hacen patentes los límites con los que al vivir nos debatimos. Y sólo con la sencillez de un relato que se inscribe en la vida de la escritura, sólo con este injerto, se alumbran las *vidas al límite*, las vidas que se debaten en el desafío de vivir. Así se liberan las voces silenciadas, como las de esas palabras de mujer que son memoria de acciones específicas requeridas, las de una mirada capaz de equidad. Se alumbran, sin embargo, si hay alguien no sólo dispuesto a ser visto, sino a ver. «Tantos

años de oficio y aún no había aprendido que escribir consiste en ser capaz de ver lo que tienes delante de las narices».

Si efectivamente «somos como nos miran», el asunto es determinante, no para quedar bien, sino para ser. Pero demasiadas seducciones invitan a desplazar la mirada hacia otro lugar, a tratar de soslayar el encuentro. O a ver lo que queremos ver, sin tener que ver con lo que vemos. Ver sin implicación no es considerar, no es contemplar, es evitar una mutua pertenencia, es eludir nuestra intervención. Entonces no habría viajero, sólo tal vez paseante, pero ni como Walser, ni como Baudelaire, ni como Rousseau. Sin que nuestra propia vida se viera afectada por un mirar capaz también de verse, la indiferencia sería mayor.

Un buen texto participa de cierta educación de la mirada. Aprender a ver es tarea de toda una vida. Se ve con los ojos aunque también con los valores, con las convicciones, desde las posiciones, desde lo que uno vive y ha vivido. Esto resulta decisivo para leer, pero hacerlo es también una forma de vivir. Este encuentro de la vida vivida y de la vida por vivir otorga al texto el carácter de un desafío, de una provocación. Y ello supone literalmente una llamada a ir hacia delante, un impulso para recrearse. Y, en este caso, claramente a favor de la vida y en consideración de quienes estimamos ajenos. Al margen de toda voluntad de adoctrinamiento, las vidas ofrecidas, lejos de cualquier ejemplaridad de santoral o propuesta de imitación, sin embargo nos ofrecen muy singularmente referencias para la libertad de buscar y de vivir la propia vida, incluso en situaciones insostenibles. Y a veces éstas tienen una cotidianidad aterradora.

El libro está elaborado mediante todo un procedimiento y una maquinaria minuciosos que labran con un rigor pormenorizado y con un cuidado que, si no fuera porque en este caso habría de leerse como un halago, diríamos enfermizo. Es la búsqueda de una salud personal y social que

precisa de buenas dosis de escritura, y por tanto de lectura, para sanar. Pero, de nuevo, no hay voluntad terapéutica. Ello exigiría una alianza, un pacto. Aquí también el dueño de la información, como se verá, es el paciente. No es un afán de médico, ni de pastor, es una necesidad y una convicción que, en definitiva, se sostiene en el hecho de que hay situaciones que nos ponen literalmente malos. Y no abordarlas, empezando por no verlas, nos envilece y nos lesiona.

Hay escrituras con un estilo tan singular, que ese estímulo y estilete, ese instinto que incide en cada palabra nos instiga a proceder por un camino que no seríamos capaces de transitar. Pero esta convocatoria, la de leer desconcentrados y dislocados, sin embargo nos da otras luces. Y de nuevo ha de decirse que el libro no busca ser luminoso, ni ofrecer el resplandor del vivir, aunque ocurre. No pocas veces, alguna suerte de relámpago recorre los textos y produce perfiles antes ni siquiera vislumbrados.

No basta con mirar, hay que decir, hay que leer lo que ocurre para hacerlo suceder. Y para ello nada mejor sino que ocurra la vida del autor implicado. Podemos encontrarla en una forma de mirada que no se limita a ver, aquella que la escritura ofrece. Gracias a la sombra que proyecta la opacidad, la resistencia a la luz, no todo es luminosidad y hay algo que ver. Ya no estamos simplemente liberados y fuera de la caverna, donde hay tanta luz que apenas cabe ver y «los ojos se hacen chiribitas». La sombra muestra como lo hace el perfil que dibuja la escritura. Vemos porque no todo es luz.

El lector de este texto está llamado a escribir una vida al límite. Si encuentra excesivo que sea la suya propia porque supuestamente no es para tanto o porque eso le exigiría demasiado, es suficiente con que trate de hacerlo con la del autor latente en el libro que recibimos. En definitiva, en el corazón de estas historias palpita implícita y manifiesta la de quien, evidentemente a ratos, pero siempre decisiva-

mente, trufa lo que ocurre con lo que le sucede. No para tergiversarlo sino para que resulte vida vivida y compartida. Porque, cuando hablamos de la vida, o decimos de nosotros mismos o estamos finiquitados. Si nos limitamos a hablar de nuestras peripecias, los demás se diluyen. Si no nos entregamos, también. Siempre tenemos un lugar en relación a los otros o quizá mientras vemos la vida de los demás no pensamos en la nuestra. Y el autor implicado que cuenta y que bosteza con la brillantez de su propia escritura resulta más narrador de fugas que de huidas. Su musicalidad es asimismo la de sus obsesiones, que es el nombre que otorga a lo que no pocas veces son enjambres de convicciones. Obsesión no sólo por retratar bañeras o lavabos, por buscar en su cuerpo picaduras o reacciones alérgicas, por encontrar las salidas de emergencia, por supuesto, de contarlas, también por llegar a la conciencia del lector con las historias de su cuaderno de notas, iluminado con un magnífico rotulador «que escribe como los ángeles».

Tales obsesiones le afectan y le alcanzan. Hay toda una vida Millás que resuena en estos textos, escritos también para sobrellevar la propia no exenta de incertidumbres y de dudas. Y una sospecha, la de lo raros que nos resultamos a nosotros mismos, más aún mirados desde la consideración de estas vidas al límite. No sólo por las permanentes rectificaciones o pasos en una u otra dirección, hasta el extremo de llegar a aborrecer las aprobaciones por la dependencia afectiva que suponen. Pero el autor implicado pide calma. Y la otorga. Y nos hace sonreír. Y en no pocas ocasiones. El sentido del amor es aquí también un serio y sano sentido del humor. El de alguien que dice ser un señor mayor, que actúa según lo estipulado, que cruza las calles por los pasos de cebra y que si se tercia les echa migas de pan a las palomas, alguien que resulta notablemente singular. El texto pleno de frescura y de jovialidad no sólo irradia las que brotan de la autosatisfacción de la escritura, sino las que nacen de la solidaria palabra sin paternalismo, de la proxi-

midad sin lamentos ni resignación, del gozo si fuera posible.

LA MARAVILLA DE LO CORRIENTE

Cuando Michel Foucault nos ofrece *Las vidas de los hombres infames* no se limita a la exposición de lo sucedido a quienes no tienen o han perdido la estimación social. Es algo radicalmente distinto, que bien pudiera tener que ver con lo que hay de corriente en nuestras vidas singulares. Nos ofrece una «antología de existencia» que presenta no simplemente a seres humanos ordinarios, sino que se detiene en lo que sucede cuando se encuentran con el poder. *Vidas al límite* también propicia semejante encuentro. Para empezar, con lo que de ordinario, y no por ello menos peculiar, hay en cada existencia concreta. Y, además, el tipo de relación que uno establece con el poder que tiene o del que carece, por el que siempre se ve afectado.

En este sentido, aquí incluso los más afamados muestran su lado infame, no por impresentable ni por vulgar, sino por corriente y ordinario, provocando aún una mayor estimación. Ordinario por humano, por pertenecer al común de los mortales. Su fragilidad nos provoca la complicidad de una humanidad compartida. Lo que Foucault busca se produce también en esta ocasión: incitar y suscitar, hacer actuar y hablar. Ello alcanza al hombre sin representación, al hombre corriente que momentáneamente es enfocado por el poder, siquiera tal vez por el del arte de escribir.

Algo orgánico acompaña toda esta tarea tan corporal. Y de una u otra manera, hablar de las vidas al límite es conjugarlas con una existencia intensa, que siempre se encuentra con una u otra forma de muerte o la vislumbra. Si «el salón es una vesícula del pasillo», o si «somos las bacterias de un gusano de acero enorme que se dirige al corazón de la ciudad», o si el estruendo se introduce por el «torrente sanguíneo para ser distribuido a través de él por toda tu geogra-

fía corporal», este libro requiere nuestra corporalidad, nuestra salud, para saborearse, para sentirse, para digerirse. Como una inyección, como una inoculación, como una inseminación, nos contagia, nos fecunda, como en rigor corresponde al quehacer de la escritura en su diseminación, fármaco y veneno a la par. Y en esta situación límite la vida recobra vitalidad.

Y siempre la llamada a alguna forma de participación, de implicación. Sin euforias, el libro está inserto en un enorme compromiso. Y aquí también se propicia que no sólo haya «aislamiento de compañía», sino compañía para el aislamiento y para tratar de superarlo. Todas las vidas al límite forman conjuntamente un heterogéneo archipiélago, poblado de solitarios. Y no faltan instancias, organizaciones, asociaciones, que también en su aparente aislamiento se encuentran en el texto como siglas que bracean hasta las mejores orillas, las del respeto a los derechos humanos. Irrumpen esporádicamente en la acción del discurso con su clara intervención, con su persistente dedicación, como una convocatoria contra la indiferencia.

No estamos simplemente ante una presentación, ni ante una exposición que exhibe peripecias vitales. La consideración para con los seres singulares y sus vidas adopta la forma de una interrogación sobre las fronteras, que viene a ser un cuestionamiento de los límites. Y no un catálogo de curiosidades, sino un latir de vidas exigentes, en el alcance extraordinario de su ordinaria cotidianidad.

Todos nos reconocemos también como «uva solitaria, frágil, que necesita cuidados especiales» y compartimos el «desafío y desamparo» que el propio Millás encuentra al tropezarse con su rostro en los espejos de los ascensores. Ya no es sólo la mirada, es el efecto del vivir, cuando uno se siente extranjero en su propia casa, cuando se cumple la alianza entre la extrañeza y el amor.

El texto explica muy bien que hay cosas inexplicables y es honesto con el enigma de la vida, que únicamente se

preserva tratando de descifrarla en el modo de un relato que se ve desbordado por ella. No sólo hay una lógica de la sensación, o una lógica del sentido. La sombra muestra la lógica del sinsentido. Queda implicada y, más aún, resulta infiltrada. Se confirma así el misterio que brota del saber, no de la ignorancia, y desfilan los adjetivos , *insólito*, *inquietante*, *aterrador*, y se asientan los sustantivos, la *manía*, la *depresión*, como si se tratara de concentrar en una sola palabra cuanto merece decirse desde el respeto a la irrepetible aventura de un ser vivo. Millás lo hace: «Gracias mosca». Siempre en la búsqueda de la sencillez que se ofrece como aforismo en el corazón de un relato: «no hay modo de concretar algo sin disminuirlo». Y éste es también a su modo un libro de aforismos.

A todos nos ocurre como al primer lector de este libro, quien lo ha escrito. Creemos saber porque tenemos muchos datos, pero pronto reconocemos, como él señala, que disponemos de poca información. Y estos textos, a su modo, nos la ofrecen. Trabajados con cuidado, con detalle, los instantes se miden por una nueva consideración del tiempo. Sobrecogidos por la idea de que «un día de su vida equivale a varios años de la mía», Millás procede con la paciencia, con la documentación, con el cuidado de un investigador. Aquí también «una mujer viva nos muestra la tumba de su abuelo». El aleteo de la mosca repara en el ritmo de la vida. No sólo los versos se sujetan, también la realidad.

El texto en el que uno consiste se elabora con los hilos y retales de otros fragmentos y citas, que constituyen una nueva piel. Un texto es un tejido. La epidermis se forma como un collage con lo que leemos e incorporamos, hasta el punto de dotarnos de otra identidad, una identidad narrativa. Las vidas vividas en las narraciones, como las que ahora se nos aproximan con este libro, no sólo muestran avatares insoslayables, dificultades de existencia, incluso, en su caso, de gran éxito público. Encontraremos aquí elementos,

mimbres, con los que llevar al límite nuestro propio vivir, sin necesidad de que esa cierta redundancia que hay entre la vida y el límite nos impida sentirnos respirar, esperar y desear.

La maravilla del devenir es la de la vida de quien permanentemente se ve desbordado por su propio vivir. Saberse de lo más común no impide ser singular, peculiar e irrepetible, lo que, a su manera, es propio de cada cual. Y ello es también nuestro límite innegociable, no el que nos coarta, sino el que nos impulsa, el que define nuestra libertad. La de combatir los obstáculos, la de buscar caminos. Por eso, los textos que se nos ofrecen tienen esa universalidad, la de la insurrecta escritura que acompaña a quienes siendo uno de tantos son vida viviente y vivida, insustituible.

ÁNGEL GABILONDO

BIOGRAFÍA DE UNA MOSCA

Me trastorna la belleza de esta mosca, su laboriosidad, su tesón biológico, su voluntad de existir, su perseverancia orgánica. Me conmueve su modo de relacionarse con el macho, me hacen llorar sus enormes ojos (de un rojo bermellón intensísimo), sus elegantes alas, sus patas exquisitamente articuladas, su trompa, su cabeza, su tórax, sus tráqueas, sus genitales... Tengo tanta admiración por sus genes (idénticos, en gran medida, a los míos) que no dudo en afirmar que esta mosca hembra, de nombre Catalina, es un juguete biológico intrigante, una creación orgánica aguda, una manifestación somática sutil en cuya historia (como en la mía) aparecen mezclados todos los ingredientes de un cuento de hadas y de un relato de terror.

Mientras escribo estas líneas, Catalina permanece junto al ordenador, escuchando quizá el tableteo de sus teclas. Tal vez perciba el calor y las radiaciones que emite mi portátil. Vive en el interior de un pequeño cilindro de plástico cuyo techo está formado por una finísima tela metálica, para que respire, y cuya base tiene la forma de un plato en el que hemos extendido una lámina de agar (sustancia gelatinosa, un poco azucarada, ideal para que deposite los huevos) y un pellizco de levadura, a modo de alimento. Hoy, a las 13 horas, cumplirá dieciséis días de vida. Podemos decir que, si todo va bien, Catalina se encuentra en la mitad de su existencia. Pero sigue ágil, copula con regularidad con Pruden, o Prudencio (el macho que le he dado de compañía, no es bueno que la mosca esté sola), come bien y tiene el abdomen lleno de huevecillos que deposita, al ritmo de uno por hora (día y noche), sobre la lámina de agar del re-